

GLORIA ÁLVAREZ

CÓMO HABLAR CON UN PROGRESISTA

**Por qué, en lugar de hacerla desaparecer,
la socialdemocracia incrementa la pobreza**

Gloria Álvarez
desmonta con humor
y sencillez los mitos,
argumentos e ideas
preconcebidas de
la socialdemocracia



DEUSTO

Cómo hablar con un progre

Por qué, en lugar de hacerla desaparecer,
la socialdemocracia incrementa
la pobreza

GLORIA ÁLVAREZ



EDICIONES DEUSTO

© 2017 Gloria Álvarez, c/o Thinking Heads

© Centro Libros PAFP, S.L.U., 2017

Deusto es un sello editorial de Centro Libros PAFP, S. L. U.

Grupo Planeta

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-234-2571-6

Depósito legal: B. 2.930-2017

Primera edición: marzo de 2017

Preimpresión: victor igual, sl

Impreso por Romanyà Valls

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sumario

Introducción	11
1. Aproximación al progre	15
Ningún progre ha salido del pueblo pobre: todos son hijos de la burguesía acaudalada.	18
2. El progresismo como ideología y forma de comportamiento	29
3. Los ismos	39
El pacifismo	40
Ecologismo.	46
Feminismo.	51
«Guayismo» y troleo en Twitter	54
4. La utopía del progre.	59
El consenso	60
La tolerancia	62
El diálogo	65
La justicia social, universal del mundo mundial	68
Las elecciones y el referéndum	73

5. Progres, cultuquetas y todólogos (I). Lo que debes saber si eres progre	79
Diez cosas que tienes que saber si eres progre	79
6. Progres, cultuquetas y todólogos (II). La subcultura progre y su reflejo en el cine.	99
La batalla por los milenials	118
7. El Estado del Bienestar: la tierra pro(gre)metida ..	121
La educación. ¿Deberes?, ¿qué deberes?	
La disciplina y el esfuerzo	127
Cuba, el paraíso de la educación	131
La mejor sanidad del mundo	134
La dignidad de la vivienda	140
¿Y la igualdad?	143
8. La economía apresurada	147
Viva el mal, viva el capital, el mundo según los progres	148
Los mercados y la mano negra	154
Impuestos: que paguen los ricos (que son otros).....	157
El empleo y el patrón	159
Salario mínimo.	162
9. Las relaciones internacionales	167
La industria de la pobreza: riqueza de los progres.....	167
Los paraísos bolivarianos	171
10. La igualdad	175
La discriminación como efecto perverso de la lucha contra la desigualdad.	180
Equidad no es igualdad	184
Epílogo. El culpable universal (la culpa la tienen otros). ..	187
Bibliografía	199

1

Aproximación al progre

El progre es una figura tan universal que es fácilmente reconocible. Da igual dónde lo situemos, sus rasgos son tan definitorios que, salvo leves «adaptaciones» nacionales, identificarlo será fácil, y ésa es nuestra primera tarea cuando hemos de interactuar con él.

El progre, como todos hemos podido ver cuando nos tropezamos con ellos, es de clase media o alta, con ideas de izquierda, y cierta inquietud intelectual. Es un burgués que no reconoce serlo, que no renuncia a su vida cómoda, pese a que dichas comodidades materiales que tanto aprecia vienen de su principal enemigo: el capitalismo. Pero nadie dijo que el progre viva de forma coherente con sus ideas; de hecho, es uno de sus rasgos característicos allí donde lo encontramos.

Sus denominaciones son diversas, pero todas reflejan la misma realidad:

- En España se les llama, entre otras denominaciones, rojos o izquierda caviar.
- En México les llaman chairros o pejezombies...
- En Cuba, comecandela.
- En Guatemala, comanches, guerrilleros de cafetería o socialistas de las zonas 10 y 14.

- En El Salvador, izquierdosos, zurdos, farabundistas, terengos, frentudos, ninis (ni estudian ni trabajan).
- En Nicaragua, piricuacos o caramiadas.
- En Costa Rica, chancletudos.
- En República Dominicana, zurdos.
- En Colombia, mamertos.
- En Perú, un progre adinerado es un caviar, un progre de la masa es un socialconfuso.
- En Venezuela, robolucionarios, boliburgueses, ñángaras, chaburros, chabestias.
- En Ecuador, zurdos o comunachos, chinos o borregos, chupa medias o perrunios.
- En Bolivia, masistas (partidarios del MAS) o sus sinónimos más usados, llunkus, amarrawuatos.
- En Argentina, progres o zurdos, *hippie* con Osde (Osde: Obra social).
- En Chile, rojos, comunachos, zurdos, monos, progres, cinco progres o socialistas de balneario.
- En Paraguay, zurdos.
- En Uruguay, socialatas, tupas, bolches, chinos, suciolistas, fracaso amplistas o fraude amplistas, zurdos caviar.
- En Brasil, esquerdistas, esquerda caviar o mortadelas.

El jurista estadounidense G. Gordon Liddy definía al progre como «aquél que se siente profundamente en deuda con el prójimo y propone saldar esa deuda con tu dinero». En 1970 Tom Wolfe, que los denominó «radical chic», nos daba de ellos una perfecta descripción. En un artículo publicado en el *New York Magazine*¹ tras una fiesta en el lujoso apartamento de Leonard Bernstein en Manhattan, en la que de hecho se coló,² reflexiona-

1. Puede encontrarse el texto en el siguiente enlace: <http://nymag.com/docs/07/05/070529radical_chic.pdf>. Podemos leerlo también en sus libros *Radical Chic and Mau-Mauing the Flak Catchers (La izquierda exquisita y Mau-mauando al parachoques*, Anagrama, 1988), y en *The Purple Decades. A Reader*.

2. Puede encontrarse la referencia aquí: <<http://niemanstoryboard.org/stories/annotation-tuesday-tom-wolfe-and-radical-chic/>>.

ba sobre cómo la actividad de las élites sociales se dirigía más a revestir una postura de izquierdas que a mostrar una verdadera convicción política por la misma. Su comportamiento reflejaba más una idea de ganar prestigio social o incluso de limpiar culpas que una auténtica creencia en dichas ideas.

Así, criticaba como la cultura de clases que tienen estos progres les llevaba a considerarse en monopolio de una virtud conseguida a través de sus actos políticos de defensa de determinadas causas sociales. Una virtud que han de mostrar siempre y en todo caso al mundo, que toman como elemento de conducta y que sirve para diferenciar al que puede entrar en sus círculos del que no. Porque, no nos engañemos, ser progre no es fácil, y ser reconocido, admitido e incluido en círculos progres lo es aún menos. Hay que demostrar ciertas aptitudes para ser considerado, por ellos mismos, dignos del «carné de progre pata negra».

Por supuesto, un buen progre que se precie nunca reconocería su incoherencia. Para ellos conducir un coche último modelo de gran cilindrada es compatible con hacer del ecologismo una causa, con defender las muy dudosas democracias rusas, venezolanas, ecuatorianas o iraníes, con defender derechos de las mujeres u homosexuales, con abogar por el laicismo mientras se defiende la religión islámica y al tiempo se ataca a judíos y a católicos. Por eso no les molesta la disonancia cognitiva que a los defensores del sentido común nos produce cuando nos enteramos de que Daniel Ortega es accionista de las principales industrias nicaragüenses, que Rafael Correa manda a censurar canciones en la radio, películas en la televisión o noticias en la prensa.

De hecho, es precisamente lo que criticaba Wolfe; mientras los progres o «radical chic» defienden la paz, el diálogo o el respeto a las minorías, son capaces de recaudar fondos para asociaciones como los «Black Panthers», aquellos para los que Bernstein pedía financiación en la fiesta a la que se refería Wolfe en su artículo. Lo mismo ocurre con causas más graves, como el terrorismo. Así, se puede decir que se lucha contra él pero al mismo tiempo se justifican los ataques de Hamas a Israel, porque en este caso son autodefensa; o denominar al grupo terrorista ETA «movimiento de liberación», y a sus presos, «presos políticos» sin sonrojarse.

Y qué decir de los derechos humanos. Puede defenderse cualquier causa en base a la quiebra de un derecho humano (lo sea o no, ya que su confusión sobre la naturaleza de los derechos les impide diferenciarlos y califican cualquier necesidad material que consideren que ha de existir como derecho humano) pero al tiempo defender, apoyar y tomar como ejemplo a países que tienen en la violación de los mismos su seña de identidad internacional. Por eso para el progre es condenable que un Pinochet haya acabado con la vida de cerca de tres mil opositores, pero para nada es considerado un crimen a su juicio los miles que Ernesto, Che, Guevara fusiló confesando el placer que le daba hacerlo en sus cartas a su padre.

Ningún progre ha salido del pueblo pobre: todos son hijos de la burguesía acaudalada

Este comportamiento de clase, aunque vistan sus reivindicaciones de clase obrera, tiene como consecuencia también que su entorno acomodado o muy acomodado les ofrezca una seguridad económica y personal que favorece su dedicación a la lucha por los derechos del pueblo desde la calidez de su domicilio, con la ayuda de su Mac y su iPhone último modelo. Porque si las personas de izquierdas de toda la vida usan la pancarta, la chapa en la solapa y las manifestaciones como forma de protesta, el kit básico del progre es un móvil, un hashtag y una sentada en una plaza bien armado de cerveza..., aunque una buena manifestación nunca será rechazada.

Si bien sus formas no son las de la izquierda a la que estamos acostumbrados —esa izquierda ortodoxa de costumbres reivindicativas—, sí comparten con ellos escenarios y causas. De hecho, una manifestación es un plan al que no dudan en sumarse y es habitual ver como intentan mezclarse con ellos en sus tradicionales algaradas, y tampoco dudan en gritar sus consignas, aunque luego las discusiones tengan lugar en bares con un desaliñado pero muy cuidado aspecto diseñado por algún decorador —por supuesto, progre— con un carísimo gusto por lo antiguo, lo fran-

cés y seguramente la fotografía, en lugar de cafeterías de barrio o locales vecinales con carteles comerciales y calendarios adornando las paredes.

Lo que sí es común en estas discusiones, más allá de los escenarios, es el odio al capitalismo, el rechazo a Estados Unidos o la simpatía hacia los populismos, que normalmente abrazan. Porque si algo tiene el progre es su deseo de abrazar a cualquier salvador mesiánico que haga del rechazo al capitalismo que al tiempo le financia una bandera que poder enarbolar como hacían los progres de antaño, a finales de los años sesenta, en Europa y gran parte de América con el Che Guevara, Castro, Perón o Allende; e incluso hoy lo hacen con el primero. El primero, de hecho, y a pesar de sus deméritos, no ha salido nunca de su iconografía.

Porque al igual que estos «libertadores» lo hicieron con su pueblo —aunque lo lograran a base de violencia, crímenes y violación de libertades una vez alcanzaron el poder—, ellos han venido para redimirnos. Se consideran en posesión de una superioridad ética y moral y nos perdonan por nuestros pecados, fruto sólo de nuestra ignorancia, pero no dudan en darnos motivos para alcanzar su fe, comunicarnos su catecismo y hacernos comulgar con sus ideas.

Su causa es ayudarnos, sacarnos de nuestra ceguera. Una ceguera en la que hemos caído todos presos por culpa del capitalismo como sistema económico, el liberalismo como meta política y occidente como entorno social. Así, al igual que los protagonistas de la novela de Saramago, un día nos levantamos todos ciegos, nos contagiamos la incapacidad de ver, y ellos son los que nos van a reeducar hasta que expiemos nuestros pecados y volvamos a ver el mundo como el progre considera que hay que verlo. Queridos lectores, lejos de criticar su adoctrinamiento hemos de dar las gracias porque nos hagan partícipes de su catecismo.

Un catecismo cuya primera lección es que tenemos que odiar al capitalismo y a Estados Unidos como máxima expresión del mismo. De hecho en el imaginario progre el capitalismo es nuestro pecado capital. Comimos de la manzana y fuimos castigados a vivir como seres imperfectos en un mundo dominado por las fuerzas ocultas del capitalismo y en el que, al igual que los países

nórdicos son una suerte de cielo en la tierra, Estados Unidos es el mismísimo infierno. Ellos ya han identificado los siete pecados capitales que nos impiden alcanzar la tierra prometida:

1. El dinero.
2. La medición del esfuerzo.
3. La competitividad.
4. La meritocracia y el esfuerzo.
5. El afán de superación.
6. La propiedad privada (no eres dueño del fruto de tu esfuerzo ni del producto del sudor de tu frente).
7. La libertad de pensamiento.

Éstos son los grandes obstáculos que nos impiden alcanzar el paraíso del progre. Sin duda, manejar estos conceptos te facilitará mucho tu trabajo a la hora de comunicarte con un progre.

¿Podemos decir que realmente el progre cree en todo ello? Francamente, no me atrevería a decir que es así. Mucho menos a decir que viven exentos de esos siete «pecados».

Los movimientos de izquierda de la segunda posguerra europea creían que era posible cambiar el mundo en el que vivían. Hoy lo siguen creyendo, y de ahí que veamos en ellos a unos insensatos idealistas que siguen pensando que un mundo colectivizado es la solución a los males a los que el capitalismo los ha condenado, a pesar de que la historia les demuestra una y otra vez que su utopía sólo conduce al totalitarismo de uno u otro signo. ¿Cómo explican esta dicotomía? Simple: Ninguno de los países que han acabado en totalitarismos realmente implementó la utopía progre como tal. Dando una explicación bastante incongruente pero lo suficientemente sencilla para no ser cuestionada por nadie, el progre simplemente te dice que el verdadero comunismo nunca ha existido. Es que todos los que han intentado el socialismo verdadero se han desvirtuado. Falta que aparezca el mesías verdadero que no tenga intereses personales para que implemente la agenda de Marx tal cual él la describió.

Ignoran y desconocen por completo que de hecho Marx jamás dejó explicado cómo se daba la transición de la Fase I a la

Fase II del comunismo. Y lo que hemos visto implementado en la URSS, en la China de Mao, en Vietnam, en Cuba, en Corea del Norte, en Venezuela, y en más de la mitad del territorio del mundo que ha implementado paso a paso la agenda comunista de Marx, es que al finalizar los pasos de la Fase I, en lugar de llegarse a la Fase II, el país primero llegó a niveles de genocidio nunca antes vistos, a niveles de escasez y miseria nunca antes experimentados y a un total subdesarrollo y violaciones de los derechos humanos.

Pero el progre sencillamente descarta todos esos experimentos atroces diciendo que sus resultados no tuvieron «nada que ver» con los verdaderos ideales colectivistas y que lo que hay que hacer es «intentarlo una vez más con el líder adecuado» para que ahora sí funcione.

Por eso, con la misma agenda fracasada pero con líderes nuevos, un Pablo Iglesias en España o un Manuel López Obrador en México aún se escuchan como esperanzas prometedoras.

Incomprensiblemente, los movimientos de izquierda que mencionábamos creen aún en ello, aunque mayoritariamente no vivan conforme a ello, pero mantienen un discurso rousseauniano en el que siguen definiendo la bondad del ser humano y la utopía socialista como una forma mejor de sociedad. Eso sí, tampoco ellos se quieren ir a vivir allí y de hecho nunca lo hacen.

En cambio, el progre sufre más de infantilismo, y de ahí su acérrima defensa del Estado como padre protector al que hay que dar todos los poderes ya que es el mejor para encargarse de proteger nuestros intereses.

No olvidemos que estos progres son pobres niños de clase media alta que han crecido con todas las comodidades, a las que no renuncian. Desde el mismo Marx, que a partir de los treinta y un años pasó a ser un mantenido económicamente por su esposa y su fiel amigo Engels,³ pasando por el *modus vivendi* de Ernesto Guevara, por los colegios privados de Fidel Castro o los líderes guerrilleros marxistas en Centroamérica, ningún progre ha sali-

3. Vídeo #SocialismoPaMilenials, <<https://www.youtube.com/watch?v=qp9O2lvrhO4>>.

do del pueblo llano. Todos los progres son hijos de la burguesía acaudalada. Pero están convencidos de su mejor derecho para decirles al resto cómo han de vivir, a quién han de ayudar, qué causas han de apoyar y qué han de pensar porque, gracias a que ellos están luchando, todos vamos a poder elegir entre la colectivización de la pobreza o la pobreza colectiva, entre el pensamiento único o la uniformidad del pensamiento, entre la asfixia del igualitarismo o el igualitarismo asfixiante.

Deberíamos darles las gracias por su lucha, ya que sin ellos nuestra libertad para elegir existiría, y eso, como todos sabemos, no es bueno, porque si algo sabe el progre de bien, el progre de raza, es que elegir es malo y que todos somos unos ineptos para hacernos responsables de las consecuencias de nuestros actos.

Sí, puede resultar raro, pero piensen en cualquier progre que conozcan y en sus luchas, siempre reclamando más de otro, prefiriendo que otro nos diga qué hacer, abogando por el intervencionismo estatal porque decidir por uno mismo, dejar que las sociedades elijan y que sean estas elecciones lo que, en definitiva, se oferta y deja de ofertarse, no está entre las opciones del progre.

Elegir es malo, es una de las máximas que tenemos que tener en cuenta al intentar hablar con un progre, y siempre será mejor que sea otro, sobre todo si ese otro es el Estado, el que elige por ti.

A su juicio, la libertad de elección es siempre negativa, ya que no asumen que elegir implica también renunciar e incluso asumir errores, algo que nunca hace el progre. Cualquier proceso de elección tiene un cierto margen de incertidumbre, mayor o menor según la elección; no siempre se cuenta con toda la información, y en numerosas ocasiones según la elección se puede obtener uno u otro resultado, y eso tampoco les gusta. Ellos sólo consideran causa-efecto en la elección, y si el efecto no es el deseado es porque no han elegido, aunque lo hayan hecho.

Ciertamente, y en eso hemos de darles la razón, no siempre elegimos en un escenario de certeza absoluta, pero poder elegir en situaciones de información incompleta es, en todo caso, siempre mejor que no poder elegir. Lo que pasa es que al progre no le gusta admitir una realidad, y lucha con todas sus fuerzas por evadirla: en la vida no hay garantías de nada. La vida es un proceso

de decisiones. La primera decisión consiste en si vamos a escoger ser víctimas de lo que nos sucede o protagonistas que, ante lo que nos sucede, decidimos la actitud con la cual enfrentar dichas circunstancias.

Pensemos en la siguiente situación: llevamos a un niño a una juguetería, y le decimos, elige un juguete, el que quieras pero sólo uno. El niño, como cualquier niño, tiene tendencia a quererlo todo. Quizá le guste más un juguete que lleva tiempo deseando, pero una vez le dejamos en la tienda le gustarán otros muchos. Entonces quizá el niño llore, se enfade e intente negociar otro juguete, pero advertido de que es uno o ninguno, el niño elige porque sabe que si no, no hay juguete. ¿Qué queremos decir con esto? Que el niño acepta una elección óptima, quizá no la mejor, pero que ya mejora en cualquier caso su situación frente a la posibilidad de quedarse sin nada.

El buen progre, en cambio, abrumado por la dificultad de decidir ya que ha perdido la costumbre de hacerlo —de hecho, quizá ni desee hacerlo porque ya no sabe cómo hacerlo—, elegirá pero se quejará. Lo hará porque no habrá conseguido el que quería, porque al salir ve otro juguete más valioso en el que entonces no reparó, por supuesto, por culpa de otro, o, en definitiva, porque no tenía un barómetro de cuestiones a tener en cuenta a la hora de elegir: le dimos total libertad y no supo qué hacer con ella. La falta de costumbre.

Pero a menudo es incluso peor: para ellos hablar de libertad de elección significa conseguir lo que quieren, no aceptan que no exista esa causa-efecto. Volviendo con el ejemplo, si les decimos «elige cualquier juguete» y en ese momento viene otra persona que elige el juguete que pensaba elegir el progre, siempre dirá que no ha podido elegir porque alguien se llevó lo que él quería. ¿Significa ello que no ha podido elegir? Según su respuesta, sabrás su mayor o menor disposición hacia el progresismo.

Suponemos que esto ocurre porque en su tierra prometida entendemos que la escasez no es algo que pueda ocurrir, lo cual puede tener una lógica ya que si el dinero puede crearse creciendo en los árboles sólo con desearlo, ¿por qué no hacer lo mismo con las cosas materiales? Pero lo que olvidan es que los recursos

son siempre finitos y que elegir, tener la posibilidad de hacerlo, no siempre supone lograr el objetivo, lo que no obsta para que puedas elegir.

¿Y por qué ocurre esto? Porque asumen derechos pero nunca obligaciones, sacrificios o consecuencias, como las que implica elegir. Ellos han renunciado a su capacidad de elegir. De hecho, éste es uno de los primeros aspectos de su libertad a los que renuncian y no lo hacen porque sí, lo hacen porque paradójicamente eligen que sea otro el que decida por ellos, el Estado, y, aún más paradójico, al tiempo que ellos eligen no elegir el resto nos vemos afectados por sus decisiones y, queriendo elegir, nos vemos constreñidos por un aparato burocrático, confuso y elefantiásico que impide que podamos decidir sobre casi cualquier aspecto de nuestra vida. Pensemos en el sistema de pensiones: casi nadie puede elegir si desea que el Estado se quede con una parte de su salario todos los meses y «se lo guarde» para, en el mejor de los casos, recibir una parte en el futuro en lugar de que seamos nosotros, si queremos, los que decidamos si queremos o no ahorrar para nuestra jubilación.

Sí, somos conscientes de que elegir es un acto revolucionario y si queremos tener buena relación con los progres hemos de dejar que sean ellos los que lo hagan por nosotros, porque lo hacen por nuestro bien y para ello dejan la elección en manos del Estado. Será él quien decida dónde está mejor tu dinero, si puedes disponer de más o menos para tu consumo personal o si puedes asegurarte o no tu futuro —y de qué forma— al margen del control que ya ejerce. A veces, el Estado se preocupa incluso de nuestro menú. El Ministerio de Sanidad español, bajo las órdenes de la socialista Elena Salgado, comenzó una cruzada contra la grasa que en 2006 tuvo como objetivo la campaña de publicidad de menú XXL iniciada por Burger King. Para el ministerio, estos menús de hamburguesas gigantes suponían un ataque directo a la salud y a la vida de los ciudadanos. Calorías, grasa y muerte hacían necesaria su intervención y pidieron la retirada de la campaña. La empresa contraatacó y presentó la hamburguesa triple whopper. Entre sus dos panes se encontraba el arma definitiva, en forma de 1.090 calorías. Se hizo notar, ade-

más, que estas calorías suponen hasta el 70 por ciento de las necesidades calóricas diarias de un niño de cinco años. Ni que decir tiene que al Ministerio (Estado) no se le pasa por la cabeza que, a lo mejor, un padre decide no darle a su hijo de cinco años una triple whopper ni que alguien se la coma porque le apetece, o incluso que otra persona se compre tres menús normales para engullirlos de golpe. Y menos aún, que el propio individuo piense que una hamburguesa de este estilo no le aporta nada, no se la compre y así las leyes del mercado actúen. Al lector no progre no le sorprenderá que, unos días después de la polémica, un periódico titulase: «Burger King se “come” la triple whopper»⁴. Y, citando a un camarero de uno de los restaurantes: «¿La triple whopper? Lleva tres días a la venta y prácticamente no nos han pedido ninguna».⁴ Al progre le cuesta entender, y lo veremos a lo largo del libro, que el individuo puede elegir, informarse, tomar su decisión, ¡incluso equivocarse!, sin necesidad de que el Estado le diga aquello que debe hacer, comer o pensar.

Esta idea de que ellos saben mejor que tú lo que te conviene se traslada a todos los ámbitos y les hace considerarse en virtud de una moral superior que les lleva a considerar que todo lo que ellos no son, piensan o hacen es siempre un enemigo a destruir.

Su aversión y rechazo a las diferencias naturales entre individuos —de ahí su pasión por el igualitarismo, pese a que lo vistan de igualdad— y a la libertad en toda su extensión lleva a categorizar, criticar e intentar combatir todo lo que se aleje de su ortodoxia «buenista» sobre cómo ha de ser el mundo: esa utopía progresista de consenso (entiéndase, «siempre y cuando coincida con lo que yo pienso»), tolerancia (entiéndase, «siempre y cuando no piense lo contrario que yo») y diálogo (entiéndase, «sólo si eres progre»).

Decía Ayn Rand que no es posible hacer entrar en razón a quien piensa de forma automática. Y no lo intentaremos. Como ya hemos dicho, no pretendemos convencer al progre de sus errores, pero en este mundo «buenista» en el que nos están obligando

4. <<http://www.eleconomista.es/empresas-finanzas/noticias/110797/11/06/Burger-King-se-come-la-triple-whopper.html>>.

a vivir se nos hace imprescindible saber identificarlos y poder comunicarnos con ellos en un lenguaje que les sea comprensible.

Podríamos seguir desgranando estas características pero a ello dedicaremos las páginas siguientes. Pretendo acercar al lector al mundo del progre desde un triple eje: 1. quién es y qué piensa, 2. cuáles son sus temas y 3. cuál es su objetivo.

Una vez que hayamos identificado a un progre, para lo que daremos al lector unas pistas fundamentales, es preciso saber comunicarnos con ellos, y para ello es necesario aprender el lenguaje de lo «políticamente correcto», pero también conocer sus gustos e intereses.

Una vez hemos aprendido lo básico, tenemos que conocer sus temas y qué piensa uno sobre ellos. Ya hemos dicho anteriormente que en cualquier conversación con un progre hemos de asumir que en virtud de su superioridad moral ellos están siempre en posesión de la verdad. No tratemos de convencerlos. El tiempo, las experiencias de la vida, viajar y, en los casos menos graves, leer y conseguir un criterio propio, harán lo que nosotros ahora no podemos. Ahora bien, no podemos convencerlos pero sí saber cómo persuadirlos y llevarlos a lo absurdo de sus planteamientos. A los progres hay que ponerlos en jaque como lo hacía Sócrates, cuestionándolos y llevándolos a un lugar que nunca han visitado: aquel en el que confrontan las últimas consecuencias de sus postulados.

Debemos tener en cuenta que el origen de los progres hemos de situarlo en las protestas de finales de los años sesenta. En aquella época las sociedades occidentales podían decir que ya habían superado las calamidades de la guerra y crecían a un ritmo que sólo veinte años antes se hubiera considerado complicado. Esto provocaba también un cambio en las relaciones internacionales causado por los avatares de la Guerra Fría.

A pesar de que el dominio europeo y estadounidense no había sido cuestionado desde el final de la segunda guerra mundial, los grandes cambios políticos, económicos y sociales de los años sesenta fueron acompañados de un cuestionamiento del papel de las potencias occidentales, sobre todo de Estados Unidos, en las antiguas colonias, especialmente sobre los últimos territorios in-

dependizados en América Latina, Asia y África. La revolución cubana y el auge de los movimientos de izquierda en Latinoamérica y la guerra de Vietnam en Asia serían los acontecimientos que concitarían mayores apoyos en Europa y Norteamérica, que se tradujeron en una oposición a la hegemonía occidental, la solidaridad con las antiguas colonias y el Tercer Mundo, la oposición al imperialismo, y el pacifismo.

A estos acontecimientos sumamos unos profundos cambios culturales que retroalimentaban estos cambios sociales. El nacimiento de la sociedad de masas conlleva también un mayor, más fácil acceso y mejor intercambio de información entre los jóvenes de las distintas sociedades, los verdaderos adalides del cambio en esta década, pero también caldo de cultivo para el asentamiento de nuevas corrientes de pensamiento que iban surgiendo desde la cultura *underground*, y que criticaban la sociedad de consumo y el mundo capitalista de la posguerra.

Los progres, que nacían ligados a estos movimientos, han mantenido desde entonces sus mismas consignas. El buen progre es ecologista, pacifista, feminista, antiglobalización, antiimperialista y pro Tercer Mundo. Si lo piensan, el progre es, además, paritario, tolerante, dialogante, busca el consenso, lucha por los derechos humanos, por la mejora de las condiciones de vida del planeta..., es, además, culto y carismático. El progre es nuestro modelo de ser humano.

Estos temas, vestidos de un lenguaje políticamente correcto, constituyen el segundo bloque al que prestaremos atención antes de pasar a describir el mundo por el que lucha el progre, su tierra prometida. Este mundo se caracteriza por el consenso y el diálogo, en definitiva, por el talante. Una actitud necesaria para llegar a la tierra pro(gre)metida, el Estado del Bienestar.

Pero hasta un progre es consciente de que necesitamos la economía para subsistir, si bien su comprensión alcanza sólo a esta afirmación ya que no hay más que ver cualquier país gobernado por el progresismo para darnos cuenta de que su idea de la economía se aleja mucho de lo que debería ser una economía eficiente, bien dirigida y que fomenta la actividad económica. Es la antieconomía.

Su modelo está basado en la alta intervención pública; impuestos altos; creación de empleo por parte del Estado, que ha de ser el principal empleador, a pesar de ser el más ineficiente; defensa de los derechos del obrero —retórica que no abandonan—; crítica feroz al empresario (verdadero creador del empleo que piden que el Estado cree), y rechazo al mercado, un voraz agente que, según los progres, sólo existe para hacerles la vida imposible a los obreros que quieren vivir de su trabajo, como si el empresario, por ejemplo, no quisiese lo mismo y no se viese afectado también por la mala gestión y la coacción a su iniciativa, que, en este caso, el progre pretende imponer.

Pero si hay un tema fundamental en el que todo progre tiene una misma visión son las relaciones internacionales y el papel de cada Estado en ellas. Así, la regla de oro, a la que ya nos hemos referido, es que Estados Unidos es el causante de todo el mal que nos acecha. Es el centro del eje del mal y el causante de cualquier daño que nos haya ocurrido desde que el mundo es mundo.

Por el contrario, el modelo a imitar son esos paraísos bolivarianos de libertad en los que comprar un bien de primera necesidad se convierte en un imposible, pero no importa. Viven bajo la protección de un caudillo, que es la mejor forma de vivir, la máxima expresión del Estado omnipresente que anhelan. Un Gran Hermano como el imaginado por Orwell en su célebre novela que es hoy una cruel e inquietante profecía autocumplida cada vez que en el mundo se revive una *Rebelión en la granja* o se repite un *1984* en pleno siglo XXI.